

Beaublanc



LA JUVENTUD

PUBLICACION SEMANAL

Organo de las escuelas gratuitas para obreros de la Congregación

Año II.

Dirección y Tipografía Privada: Congregación Mariana-Gandía.

Núm. 35

HONRADEZ DE UN POBRE

Viajaba no hace mucho tiempo un caballero en carruaje propio, y á poco trecho de una posada donde había hecho alto para dar de comer al caballo, vió á un pobre viejo al borde de un campo, que le presentó su sombrero diciéndole:

—¡Buen señor, una limosna por el amor de Dios!

Nuestro caminante sacó del bolsillo del chaleco una moneda y íse la echó al pobre, continuando su marcha. No había dado cincuenta pasos cuando oyó correr tras él á un hombre que le gritaba: «¡Caballero! ¡caballero! pare usted». «Me gusta», decía para sí al oírle, «le he dado limosna, la pieza que encontré en el bolsillo, y aún no está contento!» y sin hacer caso dió un latigazo al caballo, que salió al galope hasta que llegó á otra posada.

Cuando creyó que su caballo había descansado, mandó enganchar, y se disponía á partir, cuando de repente un hombre anhelante y lleno de sudor se lanzó delante del carruaje. Este hombre no era otro que el pobre de antes.

—¿Qué queréis?—le dijo impaciente el señor,—os he dado ya limosna; dejadme en paz.

—Perdonad—le dijo el pobre,—me habéis dado un doblón, y yo no creo que vuestra intención haya sido darme tanto dinero: os habéis equivocado echando una moneda

por otra, y vengo á devolvéros-la.

En efecto, lo que le había sucedido era que había mudado el caballero las monedas de oro de un bolsillo del chaleco á otro y le había dado equivocadamente un dobloncito de oro por una pieza de diez céntimos. El pobre, al ver en su sombrero una moneda de oro, creyó con razón que se había equivocado, y no teniendo derecho á aquella moneda había corrido en busca de su verdadero dueño para devolvérsela.

Este rasgo tan admirable conmovió profundamente al señor del carruaje, y prendado de tanta delicadeza y probidad, tanto más apreciable cuanto mayor era la miseria de aquel infeliz, le dijo:

—Guardad, guardad, querido amigo, el dinero; Dios ha querido presentaros una ocasión para probar vuestra rectitud y fidelidad: guardadla y doy á Dios gracias por haberme proporcionado esta hermosa ocasión de recompensar vuestra virtud.

LA FAMILIA



CUENTO INFANTIL

Rafael, niño de doce años, sentía tal horror al estudio que sólo por evitarse las reprobaciones y los castigos de sus papás y profesores, se resignaba á coger los libros y leía de prisa y corriendo la lección, así es, que en vez de obtener todos

los días buenas notas, pues le sobraba talento para ello, no las sacaba sino medianas y con frecuencia pésimas.

Su papá, además de ser abogado de fama y un perfecto caballero, era muy aficionado á entretenerse con el canto de los pájaros, y su más feliz diversión consistía en escuchar sus melodiosos trinos y gorjeos. Por esta razón se había propuesto cuidar regaladamente á cuantos pajarillos cantores cupiesen en una amplia y bonita pajarera que al efecto mandó instalar en la fachada meridional de su casa.

No lejos de ésta, situada en las afueras del pueblo, se extendía un frondoso bosque, donde habitaban multitud de avejillas de todas clases.

Pués bien; con objeto de procurarse inquilinos para la pajarera, una mañana del mes de Agosto, Rafael y su papá, bien provistos de liga, varetas y jaulas, se internaron en el bosque, y alrededor de una fuentecilla que allí manaba, colocaron las varetas untadas de liga. Hecha esta operación, padre é hijo se ocultaron detrás de unos espesos matorrales cercanos al manantial, y allí, acurrucados y en silencio, aguardaron á que los inocentes pajarillos, acosados por la sed, descendieran de las copas de los árboles á refrescar sus piquitos en las cristalinas aguas de la fuente.

Así sucedió; de tal modo, que al poco tiempo quedaban presos en las varetas m...

sesenta alados moradores del bosque.

Rafael y su papá salieron de su escondite y se apresuraron á despegarlos de la liga; y habiéndolos metido en las jaulas se volvieron á casa muy satisfechos de la cacería. Mas como traían pájaros de muchas clases, el papá de Rafael mandó separar los cantores de los que no lo eran y entregando éstos á la cocinera, le dijo:

Despluma estas avecillas y ponlas á mediodía de principio; y nosotros —añadió dirigiéndose á Rafael— vamos á llevar estas otras á la casita que les tenemos preparada para que allí comar, vuelen y nos recreen con sus cánticos.

—¡Cómo! ¿No los metemos todos en la pajarera? interrogó Rafael.

—¿Para qué? contestó su padre. ¿No ves que no saben cantar?

—¡Ah! ¿Y por no saber los despluman?

—Sí, hijo, por no saber; y te advierto que lo mismo sucede en el mundo entre los hombres; lo mismo, con excepciones rarísimas. Al ignorante, al que no sabe lo que se trae entre manos le *despluman* en cualquier negocio que emprenda. Por lo tanto, hijo mío, procura adelantar en tus estudios, para que á lo ménos por ignorante no te *desplumen*.

Consta que esta lección hizo mella en Rafael, y que desde entonces, acordándose de los desplumados pajarillos sacó siempre buenas notas concluyó una brillante carrera y se hizo un sabio, y gana muy buenos cuartos.

Aprender, amados jóvenes, de Rafael; y si la pereza ha conseguido enseñorearse de vosotros, sacudidla como hizo Rafael para que ni los adulares ni los falsos amigos os puedan desplumar.

EL ABUELITO.

RESPUESTA SUBLIME

Visitando el Emperador de Alemania una Escuela elemental, quiso examinar por sí

mismo la ciencia de los niños por lo cual, tomando una naranja en sus manos, les preguntó:

—¿A qué reino pertenece esta naranja?

—Al reino vegetal, señor —dijo una niña.

El Emperador sacó de su bolsillo una moneda de oro y enseñándola dijo:

—¿Y á qué reino pertenece la moneda?

—Al reino mineral, señor —contestó la niña.

—¿Y á qué reino pertenece? —prosiguió el Emperador.

La niña se ruborizó porque no quería decir que al reino animal, cuando le vino una idea verdaderamente cristiana, y le dijo conmovida:

—Al reino de Dios, Señor.

El Emperador quedó muy emocionado. Se vió asomar una lágrima á sus ojos, puso sus manos sobre la cabeza de la niña, y dijo muy solemnemente:

—¡Ojalá sea yo digno de aquel reino!

Un *hurra* verdaderamente sentido acogió las palabras del Emperador caballero.



LA LA ORDEN DE V. M.!

—¿Qué tal sigue el enfermo?

—¡Ay, Padre, gravísimo! Nos tememos un fatal desenlace.

—Caso de que así Dios lo disponga, ¿le habéis preparado convenientemente con los Sacramentos de la Iglesia para el gran paso á la eternidad?

—¿Quién se atreve? Sería declararle la gravedad que tratamos de ocultarle...

—¡Magnífico amor de hijas! Por evitarle ahora un pequeño sobresalto le dejáis al descubierto para que el demonio, que así os ciega en vuestros deberes de hijas y de cristianas, se lo proporcione luego morrocotudo é irreparable.

—¿Hizo testamento?

—...se empeñó él en hacerlo el otro día...

Ya, ya. ¡Oh fuerza poderosa de los intereses materiales.

Pues bien, ahora me toca á mí...

—¡Padre, por Dios, obre con cautela!

—Con toda la que me permita el verdadero cariño que profeso al que es mi amigo de la infancia, casi mi hermano. ¡Quedaos ahí!

—¡Querido Juan, qué ganas tenía de volver á verte! ¿Cuándo llegaste de tu viaje de misiones?

—Hoy mismo y ya ves, sin siquiera descansar vengo á saber de tí. ¿Cómo te encuentras?

—No se qué decirte. Los de casa me dicen que voy mejor, el médico me da alguna esperanza, pero yo... creo que están engañándome.

—¿Temes la muerte?

—La he visto muy cerca en los campos de batalla, en Cuba, en Africa... y no temblé. Al contrario me parecía simpática, agradable el recibirla peleando por la patria...

—Siempre fuiste un militar valiente y digno.

—Siempre quise mostrarme esclavo de mis deberes, querido Juan.

—Y los cumpliste á satisfacción de todos esos deberes del militar y del ciudadano... ¡oh si pudiera decirte otro tanto de los del cristiano!

—No me censures por ello; este farrago de la vida nos hace olvidar á veces cosas importantes, ya lo se, pero no es con mala voluntad. Dios ve los corazones.

—Es que también quiere ver las obras.

—¿Qué deseas de mí?

—Mira, juguemos á cartas descubiertas, que el caso no es para ménos. ¿Dudaste alguna vez de mi cariño?

—¡Jamás! ¡Tú fuiste siempre mi mejor amigo!

—Yo á tí te quise siempre y te quiero como á un hermano, y este cariño que te tango me hace desearte ahora más que nunca tu felicidad sin límites. Vengo á proporcionártela.

—¿Tienes algún elixir maravilloso?

—Contéstame antes con

entera franqueza á esta pregunta. ¿Qué piensas de tu enfermedad?

—Ahí te va la contestación á quema ropa y no te disguste. Que es de muerte.

—Yo pienso lo mismo, y tus hijas y el médico, sólo que ellas por no alarmarte te lo ocultan. Yo no creo conveniente hacerlo por más tiempo; me lo impide además mi carácter sacerdotal atento siempre á la salvación de las almas. Ya que no pueda darte la vida del cuerpo, ansío proporcionarte la vida del alma. Disponte á morir como cristiano, mira que si esta hermosa ocasión desperdicias labrarás con ello tu desventura eterna.

—Fíjate qué tranquilo te he escuchado. Hace días que esto mismo pensaba, pero por no alarmar á mis pobres hijas iba demorando negocio tan importantísimo.

—Y ellas por no alarmarte á tí. Así son muchas veces las cosas, unos por otros ¡cuántas almas se pierden!

—¡No, no! viva la mía eternamente feliz en Dios. A El me acabo arrepentido de tantos años de indiferencia religiosa, de burlas volterianas. Oyeme tú en confesión ahora mismo...

«¡Padre, hace veintisiete años que no me he confesado, escuchad mis muchos y gravísimos pecados»

Ay, amigo mío, el perdón divino que acaban de obtener mis gravísimos pecados, ¡na mi alma de una satisfacción tan grande como no la he sentido jamás en mi larga vida. En verdad te digo que si muchos años viviera procuraría acercarme con frecuencia á esta fuente de gracias.

—No hay felicidad comparable á la de los que viven en la paz del Señor.

—¡Y nosotros que nos empeñamos en buscar esa felicidad por el lado opuesto! ¡qué necios!

—Ahora que la encuentre para no perderla nunca permíteme á este pobre amigo que ha de seguir luchando en este valle de tentaciones y lágrimas te

felicite deseando para sí igual merced.

—Todo es vivir con arma al brazo y alerta á fin de que el enemigo no logre abrir brecha en nuestras fortificaciones. Ya tú has visto cómo por ser yo en un día condescendiente con él me tomó toda la plaza.

—Pero acabas de verificar la más grande y segura conquista haciéndole declararse en completa retirada.

—Bien; pues ahora, ahí te va mi última orden de comandante de la plaza. ¡Ya no daré más! *Ordeno y mando* que cuando hoy el Soberano Señor de Cielos y tierra se digne visitarme, sea recibido con todos los honores debidos á su alta jerarquía; ¡y quiero más, que se me traiga mi uniforme para presentarme vestido de gran gala ante su Divina Majestad y poder decirle «A sus órdenes. Todo está listo para la marcha.»

—Tus deseos serán cumplidos.

—¿Le habéis dicho algo á papá?

—Todo lo que debía decirle, y se ha confesado y me encargó después, con singular alegría, que hoy mismo quiere recibir á Cristo Sacramentado.

—¡Pobre papá! ¡Qué bueno era! Procuraremos para no impresionarle mucho que venga el Viático al oscurecer y sin meter ruido con la campanilla.

—Al contrario; acaba de ordenarme que ha de ser recibido con todos los honores correspondientes á su alta jerarquía, y que desea vestirse el uniforme de gala, con que ¡cuidado! no vayáis á incurrir en su enojo.

J. O. F.

Acorazados de 40.000 toneladas

Los Estados Unidos contarán en breve con un nuevo acorazado de 40.000 toneladas, si se realizan los proyectos del actual ministro de marina, que se propone invertir de 70 á 75 millones de francos en la construcción de ese barquito.

Todo depende del resultado de las pruebas que se efectuarán en breve con uno de los cañoncitos que habrá de montar el nuevo monstruo.

El cañón será de un calibre de 406 milímetros; tendrá una longitud de 20,5 metros, y podrá enviar proyectiles que pesarán 907 kilogramos á 30 kilómetros de distancia.

A propósito de esto, se recuerda que cuando se hicieron en el acorazado «Orión» pruebas con los cañones de 343 milímetros, se tomaron á bordo toda clase de precauciones, y, sin embargo, cuanto era frágil, perdió la forma; de las vajillas y cristalerías nada quedó sano, hasta los cristales de patente de las portillas, protegidos por los cierres metálicos, salieron hechos añicos; pero el buque resistió admirablemente, sin que se produjera ninguna avería.

Se oyó la descarga en Portsmouth, de donde distaba el buque 14 millas. A pesar de haberse taponado los oídos con algodón toda la gente de á bordo, muchos sufrieron hemorragias á causa de la detonación, y los que ménos sintieron, como es natural fueron los sirvientes de las torres, y pudieron apreciar perfectamente el retroceso de dos metros que hicieron los cañones, y volver á ocupar su sitio impulsados por los poderosos frenos que llevan tan enormes piezas.

G. de C.



SABIA RESPUESTA

Extrañábase un cortesano del gran Emperador Carlos V, de que no hubiese éste asistido á ninguna de aquellas célebres disputas públicas que se celebraron en Alemania en los principios del protestantismo, cuando Lutero no había arrojado todavía su hipócrita máscara, y el Emperador respondió con admirable humildad:

—No asistí porque siempre pensé que, como no soy teólogo, si por ventura se me metiese en la cabeza una objeción

ber Ver, y luego no supiese comprender la respuesta, ¿quién me quitará la semilla?

Admirable respuesta que pinta á la vez la modestia, la piedad y el talento de aquel Monarca insigne.

¡FUE POR LANA Y!.....

Al Santuario que los católicos belgas de Oostacker han erigido á Nuestra Señora de Lourdes, y al cual acuden numerosos peregrinos, cuyos bienes de fortuna no les permitían ir al verdadero Santuario de las apariciones á orillas del Gave, fueron el año 1873 unos jóvenes impíos con objeto de mofarse de las peregrinaciones, de los milagros y de la Santísima Virgen. Uno de ellos debía fingirse ciego, acercarse á la fuente de la gruta, y exclamar, después de lavarse los ojos: «¡Ya estoy curado!» Pero cuál no sería su angustia y la de sus compañeros cuando, llegado el momento de la fingida milagrosa curación, en vez de proclamarla en alta voz, dijo en voz baja á sus compañeros: «¡Pero si ya no veo! ¡Si me he quedado ciego!» Y ciego continuó hasta su muerte, ocurrida en 1907; es decir, que pagó su sacrilegio con treinta y cuatro años de ceguera.

Tomen de esto nota los sacrilegos impíos, á quienes Dios suele castigar en esta vida para escarmiento de los que como ellos obran y piensan.

S. C.



LAS PRIMERAS EXEQUIAS FLORIDAS

Contraste curioso; los primeros que inauguraron esta moda de ir al sepulcro adornados de coronas y engalanados con graciosas flores, fueron dos hombres, los más repugnantes tal vez que ha producido la humanidad: el blasfemo y cínico Voltaire y el impío y deshonesto Marat. Que mediten, pues, los cándidos que siguen

la liberal usanza de echar flores á los muertos, cuáles son los padres de la criatura.

Las familias cristianas ni usan coronas, ni las admiten, y dentro de poco será muy fácil distinguir los entierros de los mundanos y de los piadosos, porque se dividirán en aquellos dos grupos de que habla San Jerónimo, alabando á un cristiano: «Otros, dice, esparcen sobre la tumba de sus esposas violetas, rosas, lirios y otras flores, y de este modo procuran endulzar el dolor de su alma. Mas nuestro querido amigo rocía las cenizas queridas del cadáver venerable de de su esposa con el perfume de las limosnas y de las oraciones, como con un bálsamo precioso».

Cuando muera alguno á menos que haya sido un santo, sus amigos y conocidos deberían tener estremecimiento de terror y de tristeza ó un sentimiento de compasión y caridad, y cuando se tienen estos pensamientos no dicen bien las flores, ni se cuida nadie de coronas, sino de compasión y de sufragio.

H. P.

IESAS MONJAS!...

Leemos:

«Ha ingresado en el benéfico asilo de San Rafael de las Cortes una niña de ocho años de edad, que sufre la repugnante enfermedad de la sarna. Y precisamente por esta circunstancia fué abandonada la infeliz niña por sus padres, que el mes pasado partieron para Buenos Aires, y más tarde por su tía, quien, para deshacerse de la criatura, la dejó en una de las plazas más concurridas de esta capital, asegurándola que al poco rato volvería á buscarla, y en efecto, no pareció más.

Entre continuos sollozos y amargo llanto fué recogida aquella pobre niña, y después de haberle suministrado alimentos fué trasladada á aquel benéfico Asilo, donde es amorosamente curada y asistida por las religiosas.»

He aquí para que sirven esos centros clericales llamados conventos.

G. de C.

La barba más larga que se ha conocido

La tuvo Luis Goulon, obrero en una fundición de hierro de la ciudad de Montlucon (Francia). Empezó á afeitarse á los doce años, y á los catorce tenía una barba de 14 centímetros; á los veintiuno, media un metro, y á los sesenta y tres, alcanzaba la longitud de 2'52 metros siendo su estatura de 1'59 metros.

La Sección de Apologética de la Congregación Mariana celebrará mañana, domingo, 3 del corriente, á las seis y media de la tarde sesión ordinaria para solos caballeros con arreglo al siguiente programa:

I Apertura.

II. Introducción por D. Luis Beltrán, Abogado.

III. Efectos del periodismo impío, por D. Eduardo Grustán, Abogado.

IV. El periodista y el bandido, por D. Antonio Segarra.

V. Sinfonía.

VI. Medios de combatir al periodismo impío, por D. León Climent.

VII. La cruz del misionero, por D. José Doménech.

VIII. Mosén Cantaclaro, bellísima poesía por D. Luis Cucart.

IX Canto final.

¡PIENSA!

Siempre que veas un cuerpo
Que vuelve á la madre tierra,
Piensa en el alma que tuvo
Y ruégale á Dios por ella;
Que coronarle de flores
Es una cosa tan necia
Como ponerse á llorar
Por los pedazos que quedan.
Siempre que se rompe un vaso
Y se derrama en esencia.

L. R. de V.

Gandía 2 de Diciembre de 1911
Con licencia de la Autoridad Eclesiástica